

TODO HABLA PARA QUIEN SABE ESCUCHAR

Los últimos años nos han ido llegando a través de los medios una tras otra muchas noticias sobre diversos acontecimientos en el seno de la Iglesia que no pueden menos que causar dolor y preocupación en nuestro corazón: el mal comportamiento de sacerdotes y personas consagradas, es ocasión de escándalo no solo para los hijos de la Iglesia, sino para todas aquellas personas que esperarían en ella coherencia entre la fe que se proclama y la vida que se lleva.

Casos análogos se habían venido dando a conocer en distintas partes del mundo desde hace algunas décadas. Con toda razón la opinión pública ha centrado su atención sobre todo en los graves escándalos producidos por la ya referida inmoralidad de sacerdotes y religiosos —incluidos algunos miembros de la jerarquía—. La información que ha salido a la luz ha dado a conocer no solo graves pecados, sino incluso comportamientos criminales de personas que por su vocación y misión deberían estar consagradas por completo a llevar a los hombres al encuentro con Dios y la luz de Dios a los hombres.

Sin dejar de lado la gravedad y a veces hasta la monstruosidad de esas conductas, debemos fijarnos no solo en las transgresiones al sexto mandamiento, sino también en la soberbia, autosuficiencia, hambre de mundo, de poder y de dinero, en las injusticias

cometidas no solo por las personas consagradas sino por todos los que por nuestro bautismo deberíamos pertenecer a Cristo. Con la cara llena de vergüenza debemos reconocer que la vida de muchos de nosotros está impregnada hasta la médula por la mediocridad y la rutina: “se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad”¹.

La falta de fe, temor de Dios, humildad, abnegación y, particularmente, la falta de formación cristiana han sido el caldo de cultivo de todas esas infidelidades. “Cristo —decía un gran Padre de la Iglesia— nos ha dejado en la tierra para que seamos faros que iluminen...; para que cumplamos nuestro deber de levadura...; para que seamos adultos entre los menores, hombres espirituales entre los carnales, a fin de ganarlos; que seamos simiente y demos numerosos frutos. Ni siquiera sería necesario exponer la doctrina, si nuestra vida fuese tan irradiante; ni sería necesario recurrir a las palabras, si nuestras obras dieran tal testimonio. Ya no habría ningún pagano, si nos comportáramos como verdaderos cristianos”².

En lugar de eso los cristianos, con el descuido de nuestra formación y con los defectos de nuestra vida religiosa, moral y social, hemos velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la Iglesia, como

¹ Francisco, *Gaudete et exsultate*, 165.

² San Juan Crisóstomo, *Hom. 10 in 1 Tim.*

señaló el Concilio³. “Sentimos vergüenza —escribió el Papa Francisco en la ‘Carta a todo el pueblo de Dios’— cuando constatamos que nuestro estilo de vida ha desmentido y desmiente lo que recitamos con nuestra voz”⁴: Dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despierta vacíos (Lc. 1, 51-53).

¡Qué razón tenía el entonces cardenal Ratzinger en aquella oración del Viacrucis celebrado en el Coliseo romano en 2005 en la que pedía por la Iglesia, a la que comparaba con una barca que hace aguas por todas partes y con un campo en el que parece abundar más la cizaña que el trigo. Era la novena estación, y en ella mostraba la relación que existe entre la tercera caída de Jesús bajo la cruz y el sufrimiento que vive el Señor en su propia Iglesia.

También hoy como entonces podemos pensar en todas las veces “en que se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces celebramos solo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia entre los que, por su sacerdocio,

³ Cf. *Gaudium et spes*, n. 19.

⁴ Francisco, “Carta al pueblo de Dios”, 20-VIII-2018; en: *L’Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, 24-VIII-2018 (Año L, n. 34) pp. 6 y 7. En adelante se citará como ORE, seguido de la fecha, el año y número entre paréntesis y la página correspondiente.

deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la Reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas!... La traición de los discípulos... es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: Kyrie, eleyson — Señor, sálvanos”⁵.

En estos días, viene a nuestra mente de modo especial el dolor tan grande que deben estar padeciendo el Santo Padre Francisco —y el también el Papa emérito Benedicto XVI— pues el Vicario de Cristo sufre en primera persona no solo el drama de la traición cometida por parte de las personas llamadas a una vocación de especial consagración⁶, sino además la situación generalizada de tantos cristianos que llevamos una vida, cuando no al límite de la ruina, sí marcada por un estado de sopor espiritual; y, por si esto fuera poco, también los ataques y la incompreensión por parte no solo de los sectores críticos hacia la Iglesia, sino incluso de algunos círculos al interior de la misma.

⁵ Card. Joseph Ratzinger, Viacrucis en el coliseo, Viernes Santo de 2005, novena estación.

⁶ En su reciente viaje a Irlanda el Papa reconoció la gran conmoción que había experimentado al conocer la gravedad de muchas de aquellas situaciones (Cf. Francisco, Discurso a las autoridades de Irlanda, representantes de la sociedad civil y cuerpo diplomático en el castillo de Dublín, 25-VIII-2018; ORE 31-VIII-2018, Año L, n. 35, p. 4; véase también la Entrevista durante el vuelo de regreso a Roma, respuesta primera del santo Padre, en: ORE, cit. p. 13).

El Papa, “el dulce Cristo en la tierra”, como le gustaba llamarlo a Santa Catalina, debe estar en estos momentos dolorosos en el centro de nuestras plegarias y de nuestra piedad filial, pues “¿no es acaso la comunión con el Sucesor de Pedro la expresión de nuestra obediencia a Cristo, que lo ha elegido y lo sostiene con Su gracia?”⁷

⁷ Cf. Ouellet, M., Sobre las recientes acusaciones a la Santa Sede, 7-X-2018; en: ORE, 12-X-2018 (Año L, n. 41), p. 4.

CONTENIDO

TODO HABLA PARA QUIEN SABE ESCUCHAR	5
ALGUNAS LECCIONES QUE CONVIENE ASIMILAR	11
El egoísmo, raíz de todos los problemas	11
Nuestro aporte: la propia conversión	14
Oración y penitencia	16
Una seria aspiración a la santidad	17
La amistad, garantía de fidelidad y fecundidad apostólica	19
A grandes males, grandes remedios	21
PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE JESÚS	25
Los candidatos al sacerdocio	27
La vida de los sacerdotes	37
DEJA DE QUEJARTE DE LA OSCURIDAD Y ENCIENDE AUNQUE SEA UNA PEQUEÑA LUZ	49
Lo que no entraba en nuestros planes entraba en los de Dios	61
Santos y apóstoles	71
a) Pasión por Dios	72
b) Espiritualidad de comunión	75
c) La formación de las personas	81
Formadores de santos de gran talla	92
DIOS NO FRACASA	103
CONTENIDO	115